

10
DANIEL D. VIDART

HESIODO, EL POETA DE LA TIERRA

(APARTADO DEL N° 123
DE LA REVISTA NACIONAL)



IMPRESORA L.I.G.U.
CERRITO 740

POETA RURAL

HESÍODO, EL POETA DE LA TIERRA (1)

En la antigua Beocia, al pie del monte Helicón, en cuyas laderas cubiertas de bosques y rumorosas de fuentes danzaban las Musas adorables, vivió, trabajó y compuso sus poemas setecientos años antes de la era cristiana un griego singular llamado Hesíodo.

Labriego y poeta a la vez, este hombre hoy casi olvidado, cantó apasionadamente las virtudes y sinsabores de la existencia campesina; supo él, primero que nadie, loar las excelencias del trabajo; ensalzó a dioses desconocidos hasta entonces, los dioses dispensadores de la Justicia, y perpetuó didascálicamente el *nous empirico* de las tradiciones rurales.

Quien se sumerge ^{en} con larga delicia en su río que nace en las ~~prehistoria~~ ^{neoparalelo} y luego reaparece a la compleja luz contemporánea con la intención de su alabanza, ~~tentado se siente de comenzar así:~~ Canta, oh Musa, al varón amado por los Dioses, al labriego de mano encallecida y lengua de miel, a Hesíodo de Ascra, que lejos del bullicio de las ~~ciudades~~ ^{ciudades} y en medio de los campos venerables ~~necogio~~ ^{recolecta} el dorado pre-

~~Pero~~ El remedo de la antepasada voz se extingue. La invocación, sin la gloria del exámetro y sin el perfume del dialecto jónico, se pierde desamparada en los aires de hogaño. ~~Pero~~ la poesía del cantor beocio, a despecho del tiempo y la distancia, nos sigue hiriendo con su aguijón ~~melódico y áspero~~ ^{sin embargo}, con el rumor de su crótalo arcaico, con el élitro llameante de su grillo inmortal.

venti años
comunes
del mito y
del folclore
re,
el dorado pre-
sente de
Deméter.

agnis y me

lodoso

(1) DANIEL D. VIDART nació en la ciudad de Paysandú el año 1920. La estirpe vasca y el medio ambiente rural, en que se formó y vivió su infancia y parte de su juventud, han influido esencialmente sobre su temperamento y su labor literaria, iniciada en temprana edad. Versos de noble cepa castiza que trasuntan amor a la naturaleza y culto de las tradiciones raciales; prosa ajustada y armoniosa movida por la inquietud de los problemas del agro y del panorama social de la vida campesina, y coloreada por el sentido virgiliano del paisaje. La cultura humanística le ha abierto el comercio con los autores griegos y latinos y con los poetas del siglo de oro, sin que haya desdeñado por esto a los maestros modernos ni las complejidades de la lírica de nuestros días. En el Nº 118 de la revista, al dar cuenta de su libro de versos titulado «La Edad de Oro», hicimos una ajustada exégesis de la obra del poeta; a ella remitimos a los lectores. Agreguemos que este escritor, que lee en sus lenguas originales a los autores griegos y latinos, ha escrito varios ensayos históricos y sociológicos, y ha dado a la estampa la «Biografía de Don Tomás Berreta», libro que fué laureado por el Ministerio de Instrucción Pública en el concurso correspondiente a la producción literaria del año 1946. Actualmente es funcionario del Ministerio de Ganadería y Agricultura, donde organiza un Departamento de Sociología Rural. El hermoso ensayo que publicamos, hermoso así por la forma como por el concepto, define un género de cultura de que es ejemplo el autor, y una modalidad literaria que tienen en nuestro país escasos representantes y debe ser señalada, por lo tanto, a la atención de la crítica.

I — LA PATRIA DE HESIODO

Atica y Beocia

Atenas, la capital del Atica, la de las sienes ceñidas por violetas, que durante el apogeo de la Liga de Delos fuera el centro político e intelectual de toda Grecia, es el prototipo de polis helénica. Tiene conciencia ciudadana, es un organismo dialéctico, jerarquizado, sutil. Posee un espíritu, como diría Hegel; la anima un «alma», como repite ~~su discípulo pan-prusiano~~ ^{el autor} de «La Decadencia de Occidente».

La región beocia, en cambio, tipifica al campo, no obstante Tebas y Orcomenos, Platea y Coronea, ciudades nacidas en corroboración del paisaje, pobladas por hombres que la fábula de Cadmo hace brotar de la propia gleba y confederadas como para justificar el fragmentario individualismo aldeano.

Por eso el ateniense se burla del beocio. El pesado, mofletudo y glotón palurdo campesino que engulle las anguilas del Copais, que destripa terrones tras la aquilina reja y que se perpetúa en temeroso diálogo con los meteoros favorables o adversos para sus cultivos, es despreciado por el ocioso y gárrulo ciudadano de la palestra.

Sin embargo Beocia, la rica en trigos, la rural comarca que acuñaba monedas con una gorda espiga en el anverso, dió a Grecia estadistas tan preclaros como Epaminondas, poetas líricos tan inspirados como Píndaro, mujeres tan bellas como Friné y artesanos tan renombrados como los de Tanagra, la célebre ciudad que maravilló a la antigüedad con sus figulinas terrígenas, gráciles cual los tallos candeales de la planicie cadmea.

Beocio también es Hesiodo, que encarna de modo superlativo el telurismo vital de su patria e interpreta sabiamente el alma de los campesinos dedicados a sus rudos menesteres.

Declinación rural de la cultura beocia

La tierra beocia es agrícola por excelencia. Encajonada entre montañas, de riguroso clima continental —Hesiodo califica a su aldea de «*maldita, horrible en invierno, penosa en estío y jamás agradable*» (Verso 640)— reparte entre pequeños propietarios las parcelas laborables. Hay zonas donde el grano madura regado con lágrimas. Otras son tan fértiles que Tucídides cuenta que el hectolitro pesa hasta 90 kilos. No hay casi industrias. Se reniega del comercio como de un oficio vil. Beocia es campo, campo integral. Su símbolo es el aldeano. Y, como dice Spengler, el aldeano carece de historia. La aldea está al margen de la historia universal y las gue-

① *Se desentiene a la ciudad como su
perior expresión del arte. El signo de la
ciudad etc....*

El campesino está fuera de la historia porque es el hombre esencial, que brota como un jugoso pasto después de las devastaciones y las sequías. Su mundo agrícola llenará los pedregales ciudadanos donde será refinado y demorado por las obligaciones.

rras —Beocia fué el predilecto campo de batalla de Grecia— «pasan por encima de estos breves puntos del paisaje, aniquilándolos a veces, derramando su sangre, pero dejando intacta su íntima esencia». El aldeano, continúa Spengler, «es el hombre eterno». Es anterior a la cultura y la sobrevive. ~~Enclaustrados, perpetúanse los aldeanos de generación en generación, circunscritos a los oficios y actividades de la tierra, almas místicas, entendimientos secos, atados a lo práctico».~~

El signo de la ciudad es la arquitectura. Pretextos metafóricos de la multitud ~~ciudadana~~^{urbana} y masas deliberadas que anulan al paisaje, la columna y el frontón triunfan en Corinto, Atenas y Alejandría. Pero el beocio no acierta a ser arquitecto y así lo testimonia Esquines al burlarse de las rústicas puertas de la ciudad de Tebas.

① Sólo el vaso, barro con sople humano, producto inmediato de la tierra, consagra el arte coroplástico beocio junto con las incompatibles Tanagras. El artifice, empero, desdén reproducir en las pinturas que decoran las ánforas el trágico ademán de los héroes. Los vasos de Gamedes, como los libros de horas feudales, se complacen en la copia de los motivos geórgicos; desestiman las escenas que personifican semidioses ululantes y guerreros moribundos para representar al hombre en su humilde labor agraria.

Beocia es campo, etc.

De la poesía beocia a la poesía del trabajo

② De la poesía beocia a la poesía del Trabajo

Hesiodo, hijo de ~~esa~~ comarca beocia, labrador él mismo y profundamente identificado con el medio físico y social, pergeña su poema «Los Trabajos y los Días» a imagen y semejanza del mundo humano y económico circundante.

Los poetas de las brillantes ciudades de la Grecia asiática, opulentas y sabias, se deleitaban en la recreación de la epopeya mítica.

El poeta beocio, griego del continente europeo, pobre como las aldeas de su patria, llevando una existencia similar a la de la seta ignorada, se adscribe a la gea con tenacidad ferviente y sólo acierta a cantar al duro trabajo que agota y ennoblece.

Culturalmente se cierra un ciclo y comienza otro. Al sudor heroico sucede el sudor laboral. Al tremolar de las cimbras de crin helicosa, sigue el callado trajinar del pilos encasquetado en la cabeza aún somnolienta del labriego. Tras el vozarrón de unos dioses excesivamente caprichosos y antropomórficos adviene el imperio de otros dioses menos turbulentos, invisibles y siempre ecuánimes. La edad de los héroes da paso a la edad de los hombres. Luego del ardiente «corsi» teológico e imaginativo, se inaugura la era positiva, la edad del trabajo y de la reflexión.

5

① Ver cómo se interpolación
Nº 1.

② id. con el Nº 2. que lleva como título Digresión sobre el aldeano

III — SENTIDO PECULIAR DE LA POESÍA RURAL HESÍODICA

Si bien existen dudas por parte de los helenistas sobre la paternidad de otras obras atribuidas a Hesíodo —«La Teogonía» parece ser posterior al tránsito vital del poeta— se coincide unánimemente en que «Los Trabajos y los Días» le pertenece.

Es tan rotunda la impronta personal del inspirado aldeano, son tan veraces sus descripciones, tan beocio es el ambiente que baña con luminosa atmósfera rural las diversas partes del poema, que, salvo dos o tres interpolaciones mínimas, la presencia de Hesíodo anima todos los versos.

Posterior a Homero y heredero de su dialecto jónico, Hesíodo formó su equipo intelectual recogiendo las tradiciones alveoladas en el medio. «Debemos representarlo —escribe Croiset— como un aficionado a las antiguas narraciones, a los proverbios, a los enigmas, a las fábulas, como una especie de filósofo campesino».

El motivo ocasional del poema «Los Trabajos y los Días» es la actitud perversa de Perses, hermano del poeta, que por malas artes y pleitos inicuos ha escamoteado a éste la mayor parte de su exigua heredad. Perses, además, es enemigo del trabajo, y tal actitud era contemplada como sacrilega por los beocios. Pero no bien Hesíodo reprocha al díscolo su pereza, surgen un brioso canto al trabajo y una hermosísima alabanza a la Justicia, y los mitos, transformados y mezclados con los apólogos en la intención del poeta, aroman con arcaica brisa al poema que ya es teológico, ya descriptivo, ya didáctico. Y todo ello gira en derredor de la vida rústica, a la cual el labriego conoce e interpreta cabalmente.

El poema es, en primer término, la obra de un hombre genial que tenía un mensaje de sabiduría y de belleza y que lo supo transmitir pese a los rigores del trabajo y a los impedimentos de su afligente pobreza.

Así, pues, Hesíodo no es ampuloso ni dilapida palabras. Como el tiempo del cantor estaba dedicado a las faenas labradoras, su poesía, nacida en los breves altos del trabajo, va sagitariamente al centro de las realidades, sobria en el estilo y aguda en el pensamiento, como el agua de las torrenteras del Helicón, que constreñidas por el abrazo de los peñascos, disparaban hacia el valle su linfa esencial y poderosa.

La poesía hesíodica es escueta; desdeña la metáfora lujosa y dice lo imprescindible, ceñida y perentoriamente. El labrador, el hombre, se extenua trabajando en las tierras de pan llevar; la poesía, sedimento divino del hombre gastado por los días, deposita en el alma su polvo de oro.

¡Qué distinta a la de Hesíodo la vida de los aedos y rapsodas

de las fastuosas ciudades de Colofón y Mileto, cantores profesionales, errando de corte en corte y de regalía en regalía, ociosos y mimados arquetipos del gay trinar ciudadano! El pobre Hesiodo, en cambio, asido a su mancera de carrasca, renegando de su mal hermano, sudando copiosamente en los días estivales y agarrotado por el cierzo en el invierno, es un hijo epónimo de los campos, un angustiado cantor del sentido ecuménico de los mismos.

Como observa Jaeger en su *Paideia*, la virtud de Hesiodo es centrar su poesía en un ámbito de realidades mostrencas, cotidianas, donde las exigencias del trabajo exigen un peculiar elenco de valores.

Dice Jaeger: «El vigor impresionante de su plena realidad deja en la sombra los convencionalismos poéticos de algunos de los cantos homéricos. Un nuevo mundo, cuya riqueza original humana sólo se revela en algunos ejemplos de la epopeya heroica, tales como la descripción del escudo de Aquiles, ofrece ante los ojos su fresco verdor, el fuerte olor de la tierra abierta por el arado y el grito del cuclillo en los arbustos, que estimula al trabajo. Todo ello se halla enormemente alejado del romanticismo de los poetas eruditos de las grandes ciudades y de los idilios de la época helenística. La poesía de Hesiodo nos ofrece realmente la vida de los hombres de campo en su plenitud. Funda su idea del derecho como base de toda vida social en este mundo natural y primitivo del trabajo y se convierte en el heraldo y en el creador de su estructura íntima. Ofrece al trabajador su vida penosa y monótona como espejo del más alto ideal. No debe mirar ya con envidia a la clase social de la cual ha recibido hasta ahora todo aliento espiritual. Halla en su propia vida y en sus actividades habituales y aún en su propia dureza, una alta significación y un designio elevado».

El análisis del poema nos permitirá comprender el sesgo digno de la Areté hesiódica al par que sentir el embalsamado aliento de una naturaleza inmediata, saludable, que rezuma su savia clamorosa mano a mano con la leña moral del poeta.

IV — ETICA DEL TRABAJO Y EIDETICA DE LA JUSTICIA

La hormiga griega y la cigarra oriental

Uno de los aspectos más relevantes del llamado milagro griego —manes de Renán— que por otra parte no fué tal sino que afloró sobre una realidad sustantiva, es el del trabajo.

Grecia era un país pobre. El hombre hubo de trabajar incesantemente para lograr el sustento. Platón en *El Banquete* asocia a Penia, la necesidad, con Poros, el ingenio. En *Las Leyes*, apeándose del mito, celebra los esfuerzos de los ingenieros agrónomos e hi-

dráulicos que artificialmente contenían y repartían las aguas. En efecto, a la flaca tierra helena la fecundó el talento agrario de sus hijos, o de sus entenados mejor, ya que según la sentencia de Herodoto Grecia tenía a la pobreza por ama de leche.

Las llanuras de Éufrates propiciaron una cultura fastuosa pero esencialmente efímera. Los cantones griegos, por lo contrario, de tectónica calcárea, lavados por las lluvias, acuchillados por fisuras y disgregados por los embates eólicos, exigieron a sus pobladores una dialéctica laboral constante, una perpetua estrategia contra los elementos naturales adversos. El mesopotámico prosperó por la naturaleza. El griego triunfó a pesar de la naturaleza. Porque fué sobrio, frugal, sufrido y eterno buscador de recursos pudo fundar su cultura sobre las bases integrales del trabajo humano. Y es al trabajo que canta Hesiodo. Desde el primer verso de los «*ERGA KAI HEMERAI*» —«Los Trabajos y los Días»— hasta el verso 382 el tema laboral campea en los exámetros. De tal manera el poeta exhorta a su hermano Perses y por ende al auditorio campesino a perseverar en el trabajo.

La guerra y la competencia

«No digamos que existe una sola clase de Lucha; en esta tierra hay dos. La una será alabada por quien la comprenda, la otra merece ser censurada. Sus designios son totalmente distintos. La mala propicia la guerra y las discordias funestas. Entre los mortales nadie la ama, pero todos le están sometidos necesariamente y es por voluntad de los dioses que los hombres rinden culto a esta Lucha cruel. La otra, nació la primera de la Noche tenebrosa, y el Cronida, sentado en su mansión etérea, la puso en las raíces del mundo para hacerla propicia a los hombres, pues mueve el perezoso al trabajo. En efecto, el ocioso siente la necesidad de trabajar el día que contempla al rico trabajando, plantando, gobernando juiciosamente sus bienes. El vecino envidia al vecino que se enriquece y esta Lucha es buena para los hombres. El alfarero envidia al alfarero, el carpintero, al carpintero, el pobre al pobre y el aedo al aedo». (Versos 11-26).

Antes que Heráclito y de manera precisa, Hesiodo proclama que la oposición, que la lucha, es el músculo cordial de la dinámica de las sociedades. Pero la lucha armada, la que propicia la guerra lamentable, funesta para el agricultor sedentario y dedicado pacíficamente a sus sementeras es despreciada y «entre los mortales nadie la ama», se apresura a generalizar paidológicamente el poeta. En vez la otra, la competencia, la émulación, la lucha incruenta, es buena, porque su Eris simbólica excita al perezoso al trabajo. De esencia edáfica, subterránea como las raíces dadivosas, la Eris pacífica se

refugia bajo tierra para premiar al labriego que busca sus dones con el arado o con la azada.

El ideal guerrero no satisface el alma del poeta, fiel intérprete de los sentimientos campesinos. Guerra es movilización, saqueo de cosechas, rapiña, erial.

El agricultor ansía prosperar lejos de la lucha sangrienta; por ello se aferra al monótono horizonte que rinde sucesivos y tranquilos tesoros al compás de las estaciones. Por ello también Hesiodo conmina a Perses y a sus oyentes a despreciar las complicaciones de la ley ciudadana que en el pleito remeda al ejercicio agonal. *«Hay que conceder poca atención a los procesos y al ágora cuando no se ha amontonado en la casa, durante la estación, el fruto de la gleba, el trigo de Deméter»*. (Versos 30-32).

Entre dos aguas se soslaya la desconfianza aldeana por la leylería. Los jueces son *«devoradores de presentes»* al servicio de los poderosos o de los astutos. Pero esos insensatos —suprema compensación de la vida simple y pura de los campos— *«no saben hasta qué punto la mitad vale a veces más que el todo y qué riqueza hay en la malva y el asfodelo»*. (Versos 40-41).

El Trabajo, maldición divina

El trabajo debe ser admitido por el hombre sumisamente. Es preferible acatarlo a odiarlo porque es una maldición divina al igual que en la tradición bíblica. Relata Hesiodo a su modo, sazónándolo con acre espíritu misógino, el mito de Pandora, la Eva griega. Prometeo roba el fuego de los Dioses y se lo revela a los hombres para sacarlos de la triste edad del frío y de la sombra aterradora. Zeus castiga a Prometeo y medita contra los mortales una imperecedera venganza. Y es así que envía a Pandora, el presente griego de todos los Dioses, adornada por cada uno de ellos de incitantes atractivos y costumbres furiosas. Tal fuera el pensamiento del Cronida: *«A causa de ese fuego les enviaré un mal del que quedarán encantados, y abrazarán su propio azote. Así dijo y estalló en risa el padre de los hombres y de los Dioses...»*. (Versos 57-59). Pandora seduce a Epimeteo y abre un gran vaso esparciendo por el mundo *«miserias horribles»*. Sólo la esperanza, débil y trémula, compañera del amor desolado y de la dicha moribunda, queda refugiada en su interior.

Antes de aquel día, se lamenta Hesiodo *«la raza humana vivía sobre la tierra exenta de males, del duro trabajo y de las enfermedades crueles»* (Versos 90-92). Pero desde entonces —y la voz del cantor se preña de nubes sombrías como la de los torturados profetas hebreos— *«se esparcen innumerables tristezas entre los hombres, porque la tierra está llena de males y el mar está lleno de ellos»*

(Versos 100-101). Visión pesimista, visión agraria del mundo. El labrador beocio, como el de todas las épocas, está quejoso de su suerte. Aprendió a temer al sol engañoso que en vez de ser heraldo de esplendor encubre una granizada y suspira contemplando la nube ubérrima de lluvia que se diluye en el horizonte, volatilizada por la fragua del estío. Y entonces, en el fondo de su alma nace la alegoría de un mundo feliz. ¡Dichosa edad aquella, la del oro, Jauja de una sociedad remota y primigenia, cuando los árboles rendían sus frutos fáciles y sabrosos a la mano descansada y los ríos eran de leche y de los cielos llovía miel!

Las cinco edades de la historia

En la Edad de Oro, narra Hesiodo, *«los hombres vivían como Dioses, dotados de espíritu tranquilo. No conocían el trabajo, ni las penas, ni la vejez miserable; guardaban siempre el vigor de sus brazos y de sus piernas, se encantaban con festines, lejos de todos los males y morían como se duerme. Poseían todos los bienes; el suelo fecundo producía por sí sólo una abundante y generosa cosecha y ellos, en la alegría y la paz, vivían de sus campos en medio de dones innumerables»*. (Versos 112-119).

Se extasía el poeta en la descripción del paradisiaco estado. Hombres libres de dolor, libres de trabajo, libres de necesidad... Pero tras el sueño venturoso sobreviene la caída. Una dinámica cultural descendente envilece las sucesivas generaciones. La primera filosofía de la historia elucubrada por un occidental acusa un trágico y desolado pesimismo.

A la Edad de Oro sucede la de Plata. Es esta una edad misteriosa que el poeta esquematiza cifradamente. Hace pensar en los hombres de la aurora del mundo, en las mentes prelógicas de los cavernícolas acosados por el azote de la torpeza, en la horda promiscua que aprendía tras feroces experiencias a sobrevivir, a ver el sol luego de la temible noche paleolítica.

«Durante cien años el niño era criado por su digna madre y crecía en su morada, pero su alma permanecía pueril. Y cuando había alcanzado la adolescencia y el término de la pubertad, vivía muy poco tiempo, a causa de su estupidez. No podía abstenerse de la loca desmesura». (Versos 130-134).

Aparece la *βίαια*, la violencia inicua, la contrapartida de la *σωφροσύνη* primitiva. El hombre de la Edad de Plata es sin duda el mísero «homo faber» de la infancia de las comunidades humanas, así como el de la próxima edad que describe Hesiodo, la del Bronce, corresponde al desalmado «homo sapiens» que inaugura la industria metalúrgica.

«Estos hombres al igual que los fresnos eran violentos y poderosos. No pensaban más que en los lamentables trabajos de Ares y en el furor desmesurado. No comían pan, sus corazones eran duros como el acero y su alma feroz. Y era grande su fuerza y sus manos invencibles se cernían desde los hombros sobre sus cuerpos vigorosos». (Versos 144-49). La ὕβρις impera desatada sobre el mundo. Y estos hombres parecen ser los conquistadores aqueos de rubias cabelleras y espadas anaranjadas, entrando a saco en la Grecia prehelénica, construyendo luego los castros ciclópeos de Micenas y Tirinto y adueñándose sucesivamente de las islas esplendorosas de la talasocracia minoica.

Después de la Edad del Bronce el poeta nos conduce a los umbrales de la epopeya. Se abre el ciclo épico de los Semidioses. Pero los Semidioses, en dos sitios memorables fueron pasto de los perros y la sombría mano de Thanatos los arrebató de los ruedos heroicos. «Estos perecieron en la dura guerra y en el combate doloroso frente a los muros de Tebas la de las siete puertas, sobre el suelo cadmeo, combatiendo por los rebaños de Edipo; aquéllos, más allá del abismo marino, en Troya, donde la guerra los había conducido sobre barcos, a causa de Helena la de los hermosos cabellos y donde la muerte, que todo lo acaba, terminó por envolverlos». (Versos 161-167). Dos mil cuatrocientos años antes de que Juan Bautista Vico hablara de las sucesivas edades históricas de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres, ya Hesiodo renegaba de la quinta generación,

«Ahora impera la raza de Hierro. Los hombres no cesarán de estar doblegados por trabajos y miserias durante el día, ni de ser corrompidos durante la noche...» «No será el padre semejante al hijo, ni el hijo al padre, ni el huésped al huésped, ni el amigo al amigo, ni el hermano será amado por el hermano como antes. Los padres viejos serán despreciados por sus hijos impíos que les dirigirán palabras injuriosas...» «El uno saqueará la ciudad del otro. No habrá ninguna piedad, ninguna justicia; se respetará solamente al artesano de crímenes; para el hombre violento serán todos los homenajes; el solo derecho será la fuerza...» (Versos 176-193).

Y tras todo este panorama catastrófico, tras la ingente realidad cotidiana de la edad media griega «los dolores se quedarán entre los mortales y ya no habrá remedio para sus males». (Versos 200-201).

La Justicia

Pero frente a la intemperancia del inframundo de las pasiones funestas, Hesiodo restaura la constelación de las estrellas morales. Un encendido canto a la Justicia brota de sus labios. Justicia es paz y es trabajo.

El guerrero la desprecia; el labriego, en cambio, la ama. La Justicia, ultrajada por los fallos inicuos de los jueces corrompidos *«recorre llorando las ciudades y las moradas de los pueblos, llevando la desdicha a los hombres que la han ahuyentado y no han juzgado equitativamente»*. (Versos 222-224).

Justicia y paz, clama el poeta. El hombre justo es pacífico y trabajador. Al hombre justo *«la tierra le da alimentos abundantes; en las montañas la encina tiene bellotas en su copa y abejas en la mitad de su altura; sus ovejas están cargadas de lana y sus mujeres paren hijos semejantes a sus padres...»* (Versos 232-234).

La Justicia, implícitamente, se realiza en toda su plenitud oreada por los efluvios campesinos. En las ciudades prosperan la maquinación y el desvío. *«Con frecuencia es castigada una ciudad —solidaridad clánica de la punición— a causa del crimen de un solo hombre»*. En las ciudades *«decrecen las familias»* porque en ellas reina la injusticia.

Obsérvese, al margen del tema ético, cómo Hesiodo advierte que la denatalidad es un fruto ciudadano. El campo es fecundo. Las familias intachables son las que constelan en derredor del tuero invernal enjambres de hijos. La mujer campesina, en efecto, es como la madre tierra; morena, callada y tierna paridora. Ella no sabe más que de cosas simples, vegetales. En la ciudad griega del siglo V la hetaira se instruye y rivaliza en saber con el hombre. Pero no tiene hijos. Es la compañera. La mujer del agricultor, latiendo como un astro oscuro en trance de un milagro, ve crecer su vientre al par del grano que madura mientras brinda el pecho al infante de la anterior primavera.

Prosigue Hesiodo la alabanza alternada de la Justicia, guía eidética, y del trabajo, músculo ético del hombre, en versos de adolescente e inigualable sabor. Miel densa, casi acre por su rústico hontanar, pero de eminente pureza humana, de transparencia increíble para aquellas edades turbulentas.

Finaliza esta parte, —luego de esbozar la alegoría de los dos caminos que reaparece en la doctrina orfico-pitagórica; que Platón en Gorgias los hace ir, el uno a la Isla de los Bienaventurados y el otro al expiatorio Tártaro, y que consagra definitivamente la tradición de los Evangelios— con una serie de atinadas observaciones sobre la vecindad, amén de una alabanza a las virtudes del ahorro y reproches a la versatilidad de la mujer.

Hay empero unos versos que no queremos dejar de comentar porque constituyen la clave filosófica de un debatido problema: el del momento que la heteronomía ética cede posiciones al imperio de la autonomía.

Dice el erudito helenista Rodolfo Mondolfo en su ensayo «Res-

pensabilidad y conciencia moral de Homero a Demócrito», que el concepto de responsabilidad que nace de la visión o del temor de las consecuencias del propio obrar fué posterior a Homero, Hesiodo y al mismo Solón. Refiriéndose a Hesiodo expresa textualmente: «El juicio y la sanción proceden aún del exterior; estamos sin duda en la etapa de la heteronomía...»

Sin embargo, Hesiodo proclama el principio opuesto con deslumbrante esplendor: *«Si alguien da, aunque sea mucho, se alegra de dar y está contento en su corazón; pero el que roba escudándose en la impudicia, aunque sea poco, queda con el corazón desgarrado»*. (Versos 357-360).

Aquí, pues, no castigan los dioses ni los treinta mil demonios que con túnicas de aire recorren la tierra observando el bien y el mal, sino que el remordimiento, larva aposentada en el alma del hombre, desgarrar el corazón con los dientes de la propia conciencia pecadora.

V ~~IV~~ — LA AGRICULTURA Y LA NAVEGACION

A los temas entrañables del trabajo y de la justicia quiere Hesiodo complementarlos con retazos de su experiencia. No sólo es necesario ser justo y trabajar; es menester también saber trabajar.

Las virtudes proporcionan la materia y el trabajo sabiamente efectuado la modela. Al afán ha de ayuntarse la idoneidad. El deber trabajar crea una noble estructura en el espíritu; el saber trabajar realiza la función provechosamente.

Desde los versos 383 al 694 se extiende el poeta en consejos sobre la agricultura y la navegación; en los versos comprendidos entre el 695 y 764 aglomera preceptos varios, donde a lo objetivo se mezcla lo cresmológico y la magia lanza su saeta entre dos barbacanas de vigilia, para finalizar con un catálogo de Días que cita también elementos de oscuro folklore.

El hombre y el paisaje

De todos los componentes que se entremezclan en la parte de los consejos sobre la agricultura y la navegación ninguno supera en rudo poderío a las descripciones de la naturaleza. Claro que deben ser aprehendidos de acuerdo a la actitud histórica del hombre ante el paisaje, pues así como puede hablarse de un permanente pathos geográfico en la moderna literatura chilena, al referirnos a Hesiodo tendríamos que hablar de un paisaje sumergido, ínsito en el rotar estacional de los Días. Ortega y Gasset en su estudio sobre «El Alpe y la Sierra» expresa que el descubrimiento de la natura-

leza como delicia contemplativa es una hazaña de la Edad Moderna y recuerda que Molière en «El enfermo imaginario» habla de «un lugar campestre y sin embargo muy agradable» Esto empero rige únicamente para el hombre de las ciudades. El campesino está incorporado al paisaje. Es un elemento más, el humano, del mismo. Solamente el ciudadano, saliendo del área arquitectónica de la ciudad que ha devorado al paisaje, puede apreciarlo. El campesino lo sabe. El ciudadano lo siente, lo capta sensualmente, como liberación, como horizonte supernumerario. Joshé Larrañaga, el vasco filsofante de Pío Baroja, pone las cosas en sus centros: «...un hombre rural... va a las cosas con fuerza, con intensidad. Lo que gana en intensidad lo pierde en extensión. Al ciudadano le pasa lo contrario: gana en extensión y pierde en intensidad». El alma literaria de la ciudad se vuelca en la novela; la campesina asciende y se decanta en el ciprés del soneto ~~endecasílabo~~ *agudo aforismo*.

Secretamente el paisaje modela el espíritu de su habitante. Bien lo dice Casona por intermedio de un personaje de «La barca sin pescador» cuando éste prorrumpe que conocer al paisaje es casi como conocer al hombre. Los pueblos de las llanuras del Asia Central son pueblos sin paisaje pensil, sin contorno plástico, y alguien los ha llamado pueblos sin historia. La línea del horizonte infinito que dibuja la flauta de Borodine es el signo nómada de la estepa, de la estela de la caravana que pasa, de la fatalidad trashumante que navega el océano de hierbas y del hombre que no queda.

El paisaje griego, encarnado por el delicioso «pizzicato» de la cítara, finamente recortado, dosificando graciosamente cielo, tierra, mar y montaña, aunque no llega al canto de Hesiodo, labra el módulo interior del mismo. Hesiodo contempla a través del prisma de las estaciones el juego genético de la naturaleza, las actividades alternas del labriego y los mutables vestidos del paisaje.

La rotación de las estaciones

El otoño se anuncia porque disminuye la fuerza del sol y el cuerpo humano *«se torna más ligero durante las lluvias»*. Entonces, *«cuando los troncos talados por el hierro se hacen incorruptibles y caen las hojas y la savia florecedora se detiene en las ramas, acuérdate de que ya es hora de cortar la maderar»*. (Versos 420-422). El consejo pedestre y utilitario, sanchopancesco, como dijera cierta vez el humanista compatriota Dr. Daniel Castellanos, corta también con su segur las alas de la imaginación.

Pero la crueldad del invierno beocio sobrecoge al poeta y un hálito de telúrica grandeza transita en sus versos cuando el mes de Leneon —segunda mitad de enero y primera de febrero— abate

su guantelete helado sobre la Hélade. Al soplo del viento Norte, el tracio Bóreas, *«mugen la tierra y la selva»*. El aéreo ciclope *«derriba por millares sobre la tierra nutricia a las encinas de altas cabelleras y a los pinos espesos, cuando se precipita en las gargantas de la montaña; y entonces la selva inmensa lanza su alarido. Las bestias feroces tiemblan, cubriendo el sexo con la cola entre las patas, aun aquellas de pelaje tupido, mientras el viento glacial las apuñala, a despecho de sus flancos velludos»*. (Versos 509-514). El Bóreas todo lo penetra, atornilla las carnes con sus remolinos furiosos, hilvana con sus agujas de hielo el cuero de los bueyes y *«encorva dolorosamente el espinazo del anciano»*. (Verso 518).

Y engarzando una tibia visión en los dedos despiadados del viento ultrajante, se complace el poeta en brindarnos este ópalo delicioso: la fuerza del Bóreas *«no llega a la piel delicada de la virgen que permanece en su morada junto a la tierna madre, ignorante de los trabajos de Afrodita de oro, y que tras de lavar y perfumar con aceite su joven cuerpo, duerme por la noche mientras en esos mismos tiempos invernales el pulpo se roe los pies en su casa sin fuego y en sus melancólicos refugios...»* (Versos 519-525). La dorada imagen de la doncella se esfuma. Afuera el triste mundo animal y humano sigue sufriendo: *«Entonces los huéspedes de los bosques, cornudos o sin cuernos, rechinando lúgubremente los dientes huyen por los talleres abigarrados. Y todos no tienen más que esta pregunta en su corazón: ¿dónde encontrar el abrigo anhelado, la espesura densa, la gruta profunda? Y los mortales, semejantes al ser de tres pies (alusión al anciano, cargada de tensión enigmática ya que se refiere inequívocamente al acertijo planteado por la Esfinge tebana a Edipo), con los hombros quebrados y la cabeza doblegada hacia el suelo, vagan, igualmente encorvados, para evitar la blanca nieve»*. (Versos 529-535).

Sobrio, convulso y por demás elocuente lenguaje que traduce la penuria física del labrador y deja entrever un mundo yermo, un paisaje de Apocalipsis glacial, un frenesí de fuerzas sombrías y denominadoras.

La primavera se dibuja en dos trazos frescos, que subrayan en el cielo y en la tierra de la comarca un doble advenimiento: el de la golondrina *«la gemebunda hija de Pandión»* (Verso 568) y el del caracol, el gracioso *φερέοιχος* (lleva-su-casa) que escala los árboles retoñados.

En cambio se deleita Hesiodo con la placentera pintura del verano. *«Cuando el cardo florece y la estridente cigarra, posada en un árbol desgrana su canción sonora, agitando raudamente sus alas en los días sofocantes del estío, entonces las cabras están gordas, el vino es excelente, las mujeres son más ardorosas y los hom-*

bres están embotados porque Sirio les quema la cabeza y las rodillas y el calor les seca el cuerpo. Entonces puedo yo gustar a la sombra de las rocas el vino de Biblos, una gorda galleta y leche de cabras que no crían ya, con la carne de una ternera apacentada en el bosque o de cabritos tiernos. Y luego podré, para beber el negro vino, extenderme plácidamente en la sombra, satisfecho el corazón, con mi festín, vuelto el rostro hacia el fresco soplo del Céfiro y sacando de una fuente inextinguible, murmuradora y clara tres partes de agua por una de vino». (Versos 582-596).

La égloga discurre blandamente en los días de ocio, en amenos y umbrosos refugios, al compás regocijado de los festines con que el glotón labriego celebraba las buenas cosechas.

La navegación

Luego Hesiodo acumula consejos sobre la navegación. La tierra es un término de la ecuación griega. El mar, el otro. Y entre ambos aflora la raza dúctil, el pueblo formidable que crea la cultura de Occidente.

En los primeros tiempos el labrador griego es marino. En la mala época invernal, en fraterna comunión cuelgan encima del humo el gobernalle de la nave y el yugo del buey. El barco reposa costa adentro, lleno el vientre de piedras y al aire la quilla con heráldicas de lapas y rémoras.

El prudente agricultor-marino primitivo sólo navega de caleta en caleta y de isla en isla durante la estación propicia. La mejor es el otoño. También se puede navegar en primavera. Pero el poeta no aprueba esta época de savias ascendentes y mares tornadizos, aunque muchos naveguen igual en ella porque *«el dinero es el alma de los míseros mortales»* (Verso 686).

Recapitulando

La lectura de Hesiodo, el olvidado poeta de la tierra, es para el contemporáneo como el soplo de una brisa ingenua despejando el aire enrarecido por la exquisita inteligencia que preside el naufragio de este nuevo alejandrismo.

Su áspera y tremenda poesía nos redime de tanta fórmula actual para hacer arte sin hacer belleza y nos procura el consuelo de una edad que efectivamente fué de oro para la creación poética porque abrevaba en las fuentes de dos perdidas diosas: la Vida y la Sinceridad.

Doc. N° 27

